

LA REVOLUCIÓN MEXICANA EN LA INTERPRETACIÓN SOVIÉTICA DEL PERIODO DE LA “GUERRA FRÍA”

M. S. ALPERÓVICH
*Instituto de Historia Universal
de la Academia de Ciencias de Rusia*

S. S. PESTKOVSKII (1882-1937), primer embajador soviético en México, fue pionero en el estudio de la revolución mexicana en la URSS. Al regresar de México publicó dos libros en 1928,¹ firmados con seudónimos, en los cuales dedicó considerable importancia a la revolución de 1910. A lo largo de la década de los treinta —sin contar breves menciones— prácticamente no se hablaba de ella en las publicaciones históricas soviéticas, lo que se debía al encarcelamiento y la muerte de Pestkovskii en 1937, una de las numerosas víctimas de las purgas estalinistas.

A fines de 1940, V.M. Miroshchevskii, quien dictaba conferencias en la Universidad Lomonósov de Moscú, sobre la historia de América Latina, hizo una exposición más o menos sistemática de los acontecimientos básicos de la revolución mexicana² en un manual de historia contemporánea de los países coloniales y dependientes. Empero, dado que la segunda guerra mundial ya había empezado, se prestó poca atención a este tema, al igual que a los problemas latinoamericanos en general. No fue sino hasta los años de la posguerra que varios investigadores jóvenes se dedicaron casi simultáneamente a estas cuestiones. Entre 1947 y 1949, N.

¹ VOL'SKII, 1928 y ORTEGA, 1928. Para un análisis detallado de estas obras, véase RICHARDSON, 1988, pp. 106-126.

² Véase MIROSHEVSKII, *Novoia*, t. 1, 1940, pp. 747-754.

M. Lavrov, E. V. Anánova, B. T. Rudenko y M. S. Alperóvich defendieron sus tesis de candidato al doctorado estudiando distintos aspectos de la revolución mexicana: la importancia del problema agrario, la política de Estados Unidos con motivo de los procesos revolucionarios en México y las relaciones entre los dos países durante las presidencias de Taft y de Wilson.³

Por supuesto, estos trabajos fueron escritos por historiadores formados bajo la influencia de la ideología comunista, egresados de escuelas y universidades soviéticas, en las que se les persuadía con insistencia, la idea de la infalibilidad, la impecabilidad y la universalidad de la llamada metodología marxista-leninista y los principios del materialismo histórico. Así, su pensamiento se limitaba al marco de un esquema riguroso y primitivo, construido sobre la base del reconocimiento de la lucha de clases como principal fuerza motriz del progreso social y la primacía de los intereses de clase sobre los de toda la humanidad. No obstante, los autores mencionados —obligados, además, a no olvidar la censura vigilante— trataban de analizar objetiva y escrupulosamente la esencia de los fenómenos en investigación. Pese a la diversidad de los enfoques individuales, todos ellos, considerando que la revolución mexicana había sido democrático-burguesa y no había resuelto por completo las tareas históricas planteadas ante ella, veían en ella uno de los mayores acontecimientos en la historia de México. Según estos autores, el contenido de la Revolución había sido la lucha del pueblo por la tierra, la liquidación de las sobrevivencias feudales y la realización de transformaciones democráticas. Aun siendo de esencia antifeudal, la Revolución también poseía tendencias antimperialistas. Al asestar un duro golpe a la gran propiedad agraria y a la jerarquía eclesiástica, al debilitar las posiciones del capital foráneo y limitar su penetración sucesiva en el país, y al asegurar la aprobación de la Constitución radical de 1917, la Revolución creó premisas favorables para el desarrollo de México, y para que este país

³ LAVROV, 1947; ANANOVA, 1947; RUDENKO, 1949, y ALPERÓVICH, 1949.

realizara reformas radicales en los campos económico, político y cultural.

No me interesa hablar ahora sobre la legitimidad de semejantes deducciones, ya que, además, las concepciones de los historiadores soviéticos fueron analizadas circunstancialmente por los colegas de Estados Unidos y México.⁴ Pero en el clima de la “guerra fría” que iba cobrando fuerza, acompañada de la ofensiva ideológica en masa —interesada en desenmascarar las “intrigas del imperialismo estadounidense” en todos los rincones del globo terrestre, desarraigar el “objetivismo burgués”, el “cosmopolitismo apátrida” y otros males, surgió la idea de jugar la “carta latinoamericana” en esa campaña propagandística.

En mayo de 1949, la revista *Bol'shevik*, editada por el Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética, publicó una extensa reseña de la monografía *Imperialisticheskaia politika SShA v stranakh Karaibskogo basseina, 1900-1939* (La política imperialista de Estados Unidos en el área del Caribe) (M. L., 1948), obra de L. I. Zubok, conocido americanista soviético. Un capítulo del libro se dedicó a los sucesos mexicanos de las primeras décadas del siglo XX.

Sin presentar argumentación alguna de peso, el libro fue sometido a una crítica aplastante, basada fundamentalmente en la burda tergiversación de los criterios del autor, aludiendo arbitrariamente a citas fuera de contexto. Se acusó a Zubok de “objetivismo”, de hacer una “apología de la política imperialista de Estados Unidos”, etc. La revolución mexicana figuró como ejemplo de “omisión” de la ingerencia del imperialismo estadounidense en los asuntos interiores de los países de la región y la resistencia de los pueblos de estos países.⁵

En aquel entonces, un ataque de este estilo implicaba una directiva velada de los altos cargos del partido para reforzar la lucha contra la “falsificación burguesa” de la historia latinoamericana. El ejecutor directo de esta ignominiosa

⁴ Véase, RICHARDSON, 1992, pp. 48-50.

⁵ LAVRETSKII, 1949, p. 70.

acción, oculto tras el seudónimo de I. Lavretskii, fue I. R. Grigulevich, quien, según se destacó más tarde en la nota neológica, era un “conocido historiador soviético, destacado científico y organizador”.⁶ Me permito compartir alguna información sobre este hombre sobresaliente, con quien traté durante tres décadas sin sospechar siquiera que ese hombre regordete y lozano, de pintoresca apariencia, que parecía hacendado brasileño, ese políglota que dominaba ocho idiomas era, en realidad, “Max” (según otros datos, “Arturo”), antiguo agente de la inteligencia soviética.

I. R. Grigulevich (1913-1988), caraíta lituano, oriundo de Vilnius, todavía joven emigró a Francia, vivió en Argentina y Uruguay, y en 1936 se marchó a España, donde pasó a ser agente soviético. En 1939, por orden del NKVD (Comisariato del pueblo del Interior), fue trasladado a México para preparar la operación del asesinato de a Lev Davidovich Trotsky. Como miembro de un grupo de combate encabezado por el conocido pintor David Alfaro Siqueiros, el 24 de mayo de 1940 participó en el ataque fracasado a la villa de Coyoacán. Un año más tarde, por decreto secreto del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, fue condecorado con la orden de la Estrella Roja por haber cumplido una “tarea especial” del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética. En la década de 1940 se dedicó a la actividad del servicio de inteligencia en Argentina y México, y aproximadamente desde 1949 hasta finales de 1952 o comienzos de 1953, fue nada menos que ministro plenipotenciario de Costa Rica en el Vaticano y, simultáneamente, en Yugoslavia. Por encargo —sancionado por Stalin— de la directiva del Ministerio de Seguridad del Estado (MGB) de la URSS, preparó un atentado contra el mariscal Tito, líder yugoslavo. Después de la muerte del dictador del Kremlin el atentado fue suspendido, y Grigulevich fue enviado urgentemente a Moscú.⁷

⁶ GRIGULEVICH, 1988, p. 237.

⁷ *Moskovskie novosti* (2 ago. 1992), p. 10; “Vsia zhizn’ — podvig: uchenogo... i razvedchika”, en *Latinskaia Amerika*, 1993, núm. 3, pp. 61-72, 109; BAI, “Shpion po osobym porucheniiam Kremliia”, en *Izvestia*, 5 de

Allí comenzó su vertiginosa carrera científica y literaria. Gracias a sus muchos vínculos, a su innata inteligencia, a sus brillantes aptitudes, magnífica memoria y rica experiencia práctica, Grigulevich, sin haber recibido una instrucción sistemática y dotado de conocimientos sumamente superficiales, adquirió rápidamente la reputación de gran especialista en problemas latinoamericanos y en historia de la Iglesia. Es probable que, contando con la ayuda de sus influentes “viejos amigos” del edificio de Lubianka, haya podido defender con éxito la tesis de candidato a doctor en ciencias y, más tarde, la de doctor, encabezar un sector importante del Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias, asumir el cargo de redactor en jefe de la edición periódica *Obshchestvennye nauki i sovremennost* (Ciencias Sociales Contemporáneas), ser incorporado en el Consejo de Redacción de la revista *Novaia i noveishaia istoriia* (Historia Moderna y Contemporánea) y elegido vicepresidente de la Sociedad “URSS-México”. Se le adjudicó el título honorífico de personalidad emérita de la ciencia y, en 1979, fue el primer latinoamericanista soviético, elegido miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la URSS; también fue miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Venezuela y del Instituto de Estudios Mirandinos, en Caracas. Asimismo, fue condecorado con la orden venezolana “Francisco de Miranda”, con la medalla de plata de la Academia de Ciencias de Cuba, etcétera.⁸

Durante tres décadas publicó, además de numerosos artículos, decenas de libros editados con tirajes considerables, que fueron reeditados en varias ocasiones. La mayoría de los latinoamericanistas, fuera de los límites de Rusia, conocen estas numerosas publicaciones que pertenecen, en su mayor parte, al género de ensayos histórico-biográfico-literarios. Sin embargo, quisiera mencionar el bajo nivel, tanto científico y profesional como literario, de estas obras. Las últimas

mayo de 1993, p. 6; VOLKOGONOV, 1992, pp. 312 y 314, y VOLKOGONOV, 1993, p. 7. Véase también *Stolitsa*, 1993, núm. 6, pp. 20-21 y núm. 13, pp. 13-14.

⁸ GRIGULEVICH, pp. 237-238.

“estaban muy lejos del análisis histórico —afirma M. Chumakova—, y eran una compilación de trabajos de investigadores y publicistas extranjeros, pero contenían un caudal ideológico correspondiente a las exigencias del momento”.⁹

La publicación de Grigulevich sirvió como señal para comenzar la “caza de brujas” en la esfera de los estudios latinoamericanos. Menos de un semestre después se dio el paso siguiente, y la historia de la revolución mexicana fue elegida como blanco. En octubre de 1949, durante la defensa pública de la tesis del autor de la presente comunicación en la Universidad de Moscú, V. I. Ermoláev, funcionario de alto cargo de la Sección Internacional del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética, exigió en forma categórica que se revisara en principio la concepción aceptada de la revolución mexicana. Sin referirme a sus pretensiones absurdas y ridículas, mencionaré tan sólo algunas formulaciones del funcionario de partido, referentes a la esencia, la marcha y las consecuencias de la revolución mexicana.

Luego de descargar sus reproches a quienes supuestamente eran propensos a “exagerar” la escala y el papel de la revolución mexicana, afirmó que la última “no fue ni pudo ser otra cosa que una limitada revolución burguesa superficial” al estilo de la de los Jóvenes Turcos de 1908 y de la portuguesa de 1910.¹⁰ Subrayando la supuesta “experiencia deplorable y los resultados deplorables” de la Revolución, Ermoláev declaró que ésta no había “aportado en esencia cambio alguno en las relaciones agrarias de México”, además, afirmaba que la Constitución de 1917, por su contenido, “se diferenciaba poco de la anterior Constitución mexicana de mediados del siglo XIX”.¹¹ Según dijo, la opinión, expresada por muchos historiadores, publicistas y po-

⁹ *Izvestiia*, 5 de mayo de 1993, p. 6.

¹⁰ Cita según la copia mecanográfica conservada en mi archivo particular: V. Ermoláev, “Zamechaniia k dissertatsii” y M. S. Alperóvich, pp. 14-16.

¹¹ Cita según la copia mecanográfica conservada en mi archivo particular: V. Ermoláev, “Zamechaniia k dissertatsii” y M. S. Alperóvich, pp. 12 y 15.

líticos, sobre la importancia de la revolución mexicana para toda la región latinoamericana “rebaja [...] indirectamente la influencia y la importancia revolucionaria, realmente enorme, que tuvo la revolución socialista de octubre para despertar la conciencia de las clase obrera de América Latina”.¹² Resumiendo, propuso a los investigadores soviéticos que “no se sumaran a los himnos laudatorios a la revolución mexicana”, sino que desentrañaran su “carácter inmaduro y limitado”, destruyendo así las “ilusiones y esperanzas de algunos círculos democráticos de México de alargar esta Revolución”.¹³

No obstante, a pesar de ser funcionario del todopoderoso CC del Partido Comunista, V. I. Ermoláev al que le pertenecía el voto decisivo en estas cuestiones, su actitud chocó con inesperadas objeciones, ya que ponerse de acuerdo con él significaría rechazar a la tesis en cuestión (ya aprobada oficialmente) y, además, desaprobar de antemano las obras de los demás ensayistas. Por otra parte, el comportamiento descarado del *apparatchik* que, acostumbrado a la obediencia sin objeciones, trató de imponer abiertamente su opinión, provocó una indignación comprensible entre académicos y universitarios. Dadas las condiciones, quienes determinaban el clima ideológico prefirieron no exacerbar la situación y decidieron (a título de excepción) no insistir; el desafortunado crítico fue retirado poco después del trabajo en el CC y enviado a estudiar a la Academia de Ciencias Sociales.

En la década de 1950, surgieron en la URSS una serie de trabajos dedicados a distintos aspectos de la revolución mexicana. Se elaboraron basándose, preferentemente, en las tesis mencionadas y, desde las mismas posiciones. En las condiciones del “deshielo” posestalinista y el desenmascaramiento de Stalin en el XX Congreso del PCUS, se redujo un tanto la virulencia de la oposición a la “historiografía bur-

¹² Cita según la copia mecanográfica conservada en mi archivo particular: V. Ermoláev, “Zamechanii k dissertatsii” y M. S. Alperóvich, p. 7.

¹³ Cita según la copia mecanográfica conservada en mi archivo particular: V. Ermoláev, “Zamechanii k dissertatsii” y M. S. Alperóvich, p. 16.

guesa” en el dominio de los estudios latinoamericanos. Pero la confrontación volvió a presentarse cuando, a fines de 1959, I. R. Grigulevich publicó (probablemente no por propia iniciativa) una extensa reseña en *The Hispanic American Historical Review* de 1956 a 1958.

Esta publicación, preparada según las conocidas recetas de la propaganda soviética, se distinguía por la interpretación sumamente tendenciosa de los textos examinados y por las tergiversaciones de la idea y del contenido de los materiales analizados. Abundaba en ataques no argumentados contra los autores de los textos que criticaba. Al afirmar que la tarea principal de la revista era la apología del imperialismo norteamericano,¹⁴ Grigulevich atribuyó arbitrariamente a Louis G. Kahle el menosprecio a conciencia de “los hechos mejor conocidos de la agresión norteamericana contra México” durante la revolución de 1910 a 1917 e, incluso, la intención de “justificar la interferencia de los Estados Unidos” en los sucesos mexicanos de aquel entonces.¹⁵

El artículo de Grigulevich tuvo notable repercusión, ya que en agosto de 1960 la HAHR lo reeditó en la traducción inglesa con comentarios críticos de J. Gregory Oswald, profesor de la Universidad de Arizona, y más tarde se publicó en español en México.¹⁶ El autor de la reseña, a su vez, se apresuró a declarar que Kahle seguía el ejemplo de los “desenfrenados propagandistas de la ‘guerra fría’ ”¹⁷ y aconsejó a los colegas estadounidenses que denunciaran las “acciones criminales del imperialismo de Estados Unidos” en América Latina y desentrañaran las leyes históricas “que llevarán inevitablemente a que los pueblos latinoamericanos se librarán del yugo imperialista”.¹⁸

Esta acción, propagandística en esencia, provocó una reacción. En la década de 1960 esto causó en la prensa

¹⁴ LAVRETSKII, 1959, p. 97.

¹⁵ LAVRETSKII, 1959, p. 100.

¹⁶ LAVRETSKII, 1960, pp. 340-360 y LAVRETSKII, 1961a, pp. 85-120.

¹⁷ LAVRETSKII, 1961, p. 207.

¹⁸ LAVRETSKII, 1961, p. 208.

una discusión acalorada, en la cual se utilizaron, en el ardor polémico y especialmente del lado soviético, métodos a veces no muy correctos y a veces inadmisibles por completo en una discusión científica. En el curso de estas batallas literarias, J. Gregory Oswald y Juan A. Ortega y Medina, catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México (recientemente fallecido), fueron los más activos, mientras entre sus oponentes pueden mencionarse a M. S. Alperóvich, Ia. Mashbits y L. lu. Slezkin.¹⁹

En la enardecida polémica ocuparon inmediatamente el lugar central, los problemas de la revolución mexicana, en cuya dilucidación por los historiadores soviéticos se trazó poco a poco cierta polarización. Así, I. R. Grigulevich, siguiendo la anterior orientación, publicó la biografía de Francisco Villa, en la serie “La vida de los grandes hombres”, con un tiraje de 70 000 ejemplares. Representó a su protagonista como luchador consecuente e infatigable contra el imperialismo de Estados Unidos, glorificándolo en calidad de líder campesino que promovió un amplio programa de reformas sociales. El libro adquirió un matiz marcadamente antiestadounidense debido al trato en exceso libre de los hechos históricos y al uso de diálogos y monólogos ficticios. Al concluir, el autor no se olvidó de comunicar al lector que después de la muerte de Villa los “trabajadores de México, entusiasmados por las grandes transformaciones socialistas, en la lejana Rusia, siguieron luchando por las libertades democráticas, por la tierra, por la independencia nacional de su país”.²⁰ “Grigulevich nunca gozó de la reputación de hombre imparcial en sus juicios —observa con

¹⁹ OSWALD, 1961, pp. 120-126; OSWALD, 1963, pp. 340-357; OSWALD, 1965, pp. 691-706, y OSWALD, “Soviet Historical Writing on Latin America since 1956”. Ponencia presentada en la asamblea anual de la American Historical Association, San Francisco, diciembre de 1965, pp. 1-24; OSWALD, 1966, pp. 77-96, y ORTEGA Y MEDINA, 1967, pp. 261-290.

²⁰ ALPERÓVICH, 1962, pp. 186-187; MASHBITS, 1962, pp. 160-165, y SLEZKIN, 1964, pp. 177-178. Acerca de esta polémica, véanse también BARTLEY, 1978, pp. 14-15 y RICHARDSON, 1992, pp. 78-79.

razón William H. Richardson— y, sin duda, no se manifestó como tal en este libro”.²¹

Muchos años más tarde, Grigulevich volvió a dirigirse a la época de la revolución mexicana con motivo de la biografía de Siqueiros.²² Al justificar que su amigo y ex compañero de lucha participara —en las filas del ejército constitucionalista— en combates sangrientos contra las tropas de Villa, el reciente apologista del guerrillero glorificado declaró sin reservas a través de uno de sus personajes: “Pancho es anarquista, él mismo no sabe qué quiere”.²³ Casi simultáneamente Grigulevich caracterizó la posición de la Iglesia católica de México respecto al régimen del general Huerta, exagerando considerablemente el grado y la escala del apoyo que le prestaba el clero mexicano.²⁴

Me permito observar que a mediados de la década de 1960 se expresó al respecto, siguiendo el mismo espíritu mas en forma no tan categórica, otro experto en México y su historia: N. S. Leónov, actualmente general retirado de la seguridad del Estado, quien estudió en cierta época en la Universidad Nacional Autónoma de México y fue funcionario de la Embajada soviética en México, y posteriormente —hasta septiembre de 1991— jefe de la Dirección Informativo-Analítica del KGB (Comité de Seguridad del Estado) de la URSS. En el libro dedicado a la rebelión de los cristeros de 1926-1929 (también publicado con seudónimo) proclamó que uno de los logros más importantes de la revolución mexicana era que la Constitución de 1917 “cerraba para siempre el acceso del clero católico a la actividad política abierta, minaba su poderío económico y reducía fuertemente la esfera de su influencia ideológica”.²⁵

Sin embargo, los críticos desde el extranjero, influyeron en algunos especialistas soviéticos, motivándolos a que cambiaran, en cierto modo, su punto de vista original, rechaza-

²¹ LAVRETSKII, 1962, p. 244.

²² RICHARDSON, 1992, p. 67.

²³ Una evaluación bastante exacta de este libro se encuentra en RICHARDSON, 1992, p. 77.

²⁴ GRIGULEVICH, 1980, p. 21.

²⁵ GRIGULEVICH, 1981, pp. 109-110.

ran algunas afirmaciones evidentemente inconsistentes e hicieran determinadas correcciones en esos juicios. Por lo que a mí se refiere, en el clima espiritual más libre de la época posestaliniana me fui convenciendo poco a poco de que la mayoría de las notas críticas de los colegas extranjeros eran argumentadas y legítimas. Esto se reconoció públicamente, y se vio que eran justos y merecedores de atención los reproches dirigidos, en ocasiones, a los historiadores soviéticos de que “muchos de sus trabajos llevan la impronta de esquematismo, estereotipos, enfoque insuficientemente diferenciado de distintos países y fenómenos sociales, de rusticidad y uniformidad del estilo, etc.”.²⁶ Más tarde, en las páginas de *The Hispanic American Historical Review*, yo mismo señalé serios defectos de la monografía “La Revolución Mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos” (B.T. Rudenko y quien esto escribe son coautores de esta obra): la base limitada de las fuentes, la profundidad, a veces insuficiente, del análisis y, en varios casos, el enfoque simplificado y unilateral de las cuestiones en investigación, así como el carácter exacerbadamente categórico de los juicios.²⁷

La comprensión de que es necesario revisar seriamente las opiniones y concepciones formadas, la imposibilidad, en las condiciones del control riguroso de las mentes y de la censura política, de hacer caso omiso de las prohibiciones y los dogmas oficialmente inculcados que, en la URSS, pesaban sobre quienes estudiaban la historia del siglo XX, y la falta de perspectiva real que proporcione el trabajo en archivos y bibliotecas extranjeras, aunado a la transformación ocurrida de los intereses científicos, me obligaron a que “traicionara” las pasiones de la juventud y me reorientara a otra temática ideológicamente menos “vulnerable”. Con el tiempo, en la Unión Soviética, el análisis de los problemas de la revolución mexicana se redujo al mínimo; en la Rusia de hoy, por triste que sea, prácticamente casi se suspendió: durante las dos últimas décadas (después de los estudios

²⁶ LARIN, 1965, p. 95.

²⁷ ALPERÓVICH, 1968, p. 73.

de N. M. Lavrov y B. T. Rudenko)²⁸ no se ha publicado ninguna monografía o tesis sobre este tema.

REFERENCIAS

ALPERÓVICH, Moiséi Samoilovich

- 1949 "Meksikanskaia revoliutsiia i amerikanskii imperializm (1913-1917)". Tesis de doctorado. Moscú: Universidad Estatal de Moscú.
- 1962 *Sovetskaia latinoamerikanistika v osveshchenii* "Ispano-amerikanskogo istoricheskogo zhurnala", en VI:3, pp. 186-187.
- 1968 *Sovetskaia istoriografiia stran Latinskoi Ameriki*. Moscú.
- 1982 "Notes of a Latin Americanist", en *The Hispanic American Historical Review*, XVII:3 (ago.), pp. 339-368.

ANANOVA, E. V.

- 1947 "Amerikano-meksikanskii otnosheniia v gody prezidentstva Vudro Vil'sona (1913-1921)". Tesis de doctorado. Moscú: Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú.

BAI, E.

- 1993 "Shpion po osobym porucheniiam Kremliia", en *Izvestiia* (5 mayo), p. 6.

BARTLEY, Russell Howard (comp.)

- 1978 "Introduction", en *Soviet Historians on Latin America: Recent Scholarly Contributions*. Madison, pp. 30-57.

GRIGULEVICH, Iosif Romuald'dovich

- 1980 *Sikeiros*. Moscú.
- 1981 *Tserkov' i oligarkhiia v Latinskoi Amerike, 1810-1959*. Moscú.

LARIN, N. S.

- 1965 *Bor'ba tserkvi s gosudarstvom v Meksike (Vosstanie "kristeros" v 1926-1929 gg.)*. Moscú.

²⁸ ALPERÓVICH, 1982, p. 350.

LAVRETSKII, L. R.

- 1949 "Imperialisticheskaia politika SSha v stranakh Latinskoi Ameriki", en *Bol'shevik*, xxv:9, pp. 66-72.
- 1959 "Obzor 'Ispanoamerikanskogo istoricheskogo zhurnala' za 1956-1958 gody'", en *Voprosy istorii*, 12 (dic.), pp. 94-107.
- 1960 "A Survey of The Hispanic American Historical Review, 1956-1958", en *The Hispanic American Historical Review*, xl:3 (ago.), pp. 340-360.
- 1962 *Pancho Villa*. Moscú.

LAVROV, N. M.

- 1947 "Agrarnyi vopros v Meksikanskoii revoliutsii 1910-1917 gg". Tesis de doctorado en ciencias históricas. Moscú: Universidad Estatal de Moscú.

MASHBITS, Ia G.

- 1962 "Argumentirovannaia kritika ili bezdokazatel'nye napadki?", en vi:12, pp. 160-165.

MIROSHEVSKIN, V. M.

- 1940 *Novoia istoriia kolonial'nykh i zavisimykh stran*, t. 1. Moscú.

ORTEGA, Diego

- 1928 *Agrarnyi vopros i krest'iaskoe dvizhenie v Meksike*. Moscú-Leningrado.

ORTEGA Y MEDINA, Juan A.

- 1961 *Historiografía soviética iberoamericanista (1945-1960)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1967 "Crítica y contracrítica en torno a la historiografía soviética", en *Anuario de Historia*, v, pp. 261-290.

OSWALD, J. Gregory

- 1960 "A Soviet Criticism of The Hispanic American Historical Review", en *The Hispanic American Historical Review*, xl:3 (ago.), pp. 337-339.
- 1961 "Soviet News and Notes", en *The Hispanic American Historical Review*, vi:1 (ene.), pp. 120-126.
- 1963 "La revolución mexicana en la historiografía soviética", en *Historia Mexicana*, xii:3(47) (ene.-mar.), pp. 340-357.

- 1965 "México en la historiografía soviética", en *Historia Mexicana*, XIV:4(56), pp. 691-706.
- 1966 "Contemporary Soviet Research on Latin America", en *Latin American Research Review*, 1:2, pp. 77-96.

RICHARDSON, William H.

- 1988 *Mexico Through Russian Eyes, 1806-1940*. Pittsburgh.
- 1992 "Meksikanistika: Five Decades of Soviet Historical Writings on Mexico", en *Mexican Studies*, VIII:1 (invierno), pp. 48-50.

RUDENKO, Boris Timofeevich

- 1949 "Imperialisticheskaia politika SSha v Meksikev 1940-1913 gg". Tesis de doctorado. Moscú: Academia de Ciencias Sociales.

SLEZKIN, L. Iu

- 1964 "Neobosnovannyi vypad protiv sovetskoi latinoamerikanistiki", en *Novaia i noveishaia istoriia*, 1, pp. 177-178.
- 1988 Iosif Romual'dovich Grigulevich, en *Novaia i noveishaia istoriia*, 5, p. 237.
- 1992 Moskovskie novosti (2 ago.), p. 10.
- 1993 "Vsia zhizn' — podvig: uchenogo... i razvedchika", en *Latinskaia Amerika*, 3, pp. 61-109.
- 1993 "Nesostoiavsheesia pokushenie", en *Izvestiia* (11 jun.).

VOLKOGONOV, D.

- 1992 *Trotskii. Politicheskii portret*. Libro 2. Moscú.

VOL'SKII, Adrei

- 1928 *Istoriia meksikanskikh revoliutsii*. Moscú-Leningrado.